

## Los indiferentes dicen *nó*

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Tal vez lo que contribuye más a que prevalezca en el pensamiento de la inmensa mayoría de los peruanos la idea de que la política es de por sí sucia y de que su ejercicio exige una cierta flexibilidad —llamada así— moral, sea la inestabilidad doctrinaria de un considerable porcentaje de los dirigentes que han sido y son en nuestra historia. Se considera la política como un juego en el que se dan dos planos, el visible, para la ciudadanía, y el invisible, para los bastidores. Mientras se proclama una ideología, se trafica ocultamente con el fin de obtener ventajas prácticas; se sostienen principios, mientras se negocian posiciones. Luego, en un esfuerzo intelectual, no siempre afortunado, se adecúa la doctrina a la combinación y se pretende arrastrar a los simpatizantes y afiliados de una tendencia dada por el camino decidido en las entrevistas privadas, en los acuerdos secretos, en los camarines situados detrás del escenario que el público ve. A esto se llama tradicionalmente política. Se apela a las masas mayoritarias, pero se les escamotea la verdad. No importan las contradicciones que, luego, por inevitable gravitación, afloran a la superficie y a las cuales se explica con argumentos simplistas o con retórica que apela a "filosofías" más o menos rapsódicas o hechizas. Año tras año el electorado nacional ha sufrido esta forma del contrabando ideológico, y ya se muestra fatigado.

Esa fatiga crea la multitud de indiferentes que conforma, sin duda alguna, la más poderosa agrupación política que hay en el país. Esa inmensa mayoría está caracterizada actualmente por varias notas que, sin ser sociólogo, estadígrafo o vidente, mediante la mera observación diaria, es posible distinguir. Primero, los indiferentes son, pese a su inmovilismo, inconformes: integran una sorda oposición al gobierno, ante todo porque el gobierno es producto de una de esas componendas de cuyo origen oculto y forzado brota el desánimo político y el apartamiento de la actividad que es típica de la mayoría. Segundo, los indiferentes consideran que hasta ahora la política es un asunto profesional: hay, para ellos, gente que tiene como oficio hacer política y, por ende, aunque con desgano —por decir lo menos—, deja librado a esos "especialistas" el manejo, generalmente caprichoso, de la cosa pública. Tercero, los indiferentes deciden el contenido de su voto en el último momento, cuando existe —aunque haya más de dos candidatos— una sola alternativa, y su voto es de oposición, de protesta. Porque —y es la cuarta nota— los indiferentes no están satisfechos con su indiferencia: aspiran a un cambio radical de la situación económica, social y política del país, no obstante que son escépticos y pesimistas con respecto a la factibilidad de dicha transformación puesto que sospechan que siempre se burla la voluntad popular encerrada en el voto.

Cuántas veces oímos la falacia de que la política no es algo limpio y que conviene alejar a los jóvenes de ella. Se trata de un concepto que está arraigado en todas las clases sociales, que se trasmite de padres a hijos, que se ha impuesto en algunos medios de un modo absoluto. Y, sin embargo, el porvenir del país depende de la política, de la política encaminada al bienestar de las mayorías y no al incremento de los intereses particulares. En las presentes circunstancias el futuro gobierno depende de lo que quiera la muchedumbre de indiferentes. De ahí que la pureza del proceso electoral que se avecina sea esencial para el futuro peruano. De nada vale contar el número de asistentes a una manifestación ni aplicar medidas dudosas a los metros cuadrados de un determinado espacio ocupado por los concurrentes a un mitin. El verdadero mitin es el de toda la ciudad, el de todo el país. Este dice a cada momento ¡no! a la gestión del gobierno, y quien lo niegue vive engañado por sus encegecedores deseos personales o intenta cohonestar un fraude no por sutil y hábil menos condenable.